

EL CIELO DE LOS PERROS

Desde la marquesina de la parada del veintisiete, David y Yago se resguardaban del viento helado del norte que azotaba la estructura en invierno y del tórrido calor en verano. El autobús llegaba, a esa zona, sin demasiada gente. Era una de las ventajas de vivir cerca de la primera parada. El chico subía los tres peldaños con ayuda de su bastón. Yago se adelantaba un poco, como de costumbre, escrutando un buen sitio para su amo, mientras que éste mostraba el billete al conductor.

Unido a la correa de su labrador, llegaba al sitio elegido o cedido por cualquier pasajero gentil. El perro permanecía sereno hasta la señal que le indicaba que debía que bajar. Un ladrido sordo, mostraba a cualquier pasajero la necesidad de marcar el botón de parada. Todos los días hacían la misma ruta. Iban al centro de la ciudad. Se sentaban en una cafetería céntrica, y Yago recibía una porción de tostada con mantequilla. Era su trofeo esperado de todas las mañanas. Paseaban por el parque e incluso David lanzaba una pequeña pelota que Yago devolvía en su mano una y otra vez.

Eran dos buenos amigos que habían aprendido a entenderse con pocas palabras. Un "sienta", un "arriba"... "espera"... eran las más habituales que David utilizaba con su amigo y a éste le bastaba. Yago, también era corto en ladridos, sólo los suficientes para indicar cierto peligro, o tal vez una parada en seco hacían entender a su amo que él también debía detenerse. Casi todos los días recorrían el mismo itinerario, hiciera el tiempo que hiciera. Los pasajeros se habían acostumbrado a verlos como algo más del entorno.

Un buen día, el perro subió solo. El conductor y los pasajeros que lo conocían bien, lo dejaron subir algo extrañados por no ver a David. Yago se sentó a los pies del asiento que su dueño solía ocupar. Nadie hizo preguntas, hubiese sido del todo infructuoso preguntar a un perro por su dueño. El dueño nunca fue muy hablador y nadie recordaba haberle visto salir de ningún portal. Ignoraban su dirección. Todos coincidían en que alguien debía cuidar al perro, pues no se veía con mal aspecto. Al cabo de los días, dejaron de hacerse preguntas. Yago continuó durante años tomando el veintisiete para volver, en la misma línea, sobre la hora de almorzar. Hasta que un buen día, al igual que a su dueño, dejaron de verlo. Nadie supo nunca que pasó, aunque se pudo imaginar, y fue tema de conversación durante el tiempo que tarda la cabeza de la gente en ocuparse de otros temas. Aunque esa historia quedó grabada en la historia del barrio. Desde entonces se conoce a esa línea como la línea del perro. Incluso, con los años se ha hecho una hermosa estatuilla en la plazoleta donde el autobús hace su parada cerca de la vieja marquesina que resguardaba a los dos amigos.

LEMA: La piedra de Sísifo